

# Devastadas memorias

**Aurelio Modrego**

Recuerdan algunos viejos del lugar, con sus pasos cortos, con sus débiles voces, miradas ausentes y tardes al sol de invierno, que Telesforo Otín dejó de ser visto en el pueblo al final del verano del 37. Misteriosamente, sin dar ninguna explicación, nadie lo volvió a ver. Fue un vecino quien, días después, denunció su desaparición en el cuartelillo de la Guardia Civil

Telesforo trabajaba la tierra ajena muchos más días que la suya propia; buen cazador, era un hombre joven, no rehuía el contacto con la gente, pero era parco en palabras y amigo de largos silencios; apenas se dejaba ver por los bares y menos aún por la iglesia. Vecinos y allegados sabían que podían contar con él si de verdad lo necesitaban. Su casa estaba a la salida del pueblo, ya cerca del río.

Algún año después- prosiguen relatando los viejos- se dijo que podría haberse sumado a la resistencia organizada que operaba por la sierra, tierra altas y masadas; pero la conjetura no es muy creíble; puesto que cuando Telesforo desapareció, aclaran, aún pasó bastante tiempo hasta que los que mandaban reconocieron la existencia de los guerrilleros del maquis y sus correrías.

La vida de todos era muy dura en esos tiempos, prosiguen, también la de un guardia civil y eso lo comprobaba cada día Reinaldo Tazones, veterano agente de la Benemérita, casi llegando a los cuarenta ,de estatura y peso medios, poblado y negro mostacho, vozarrón casi ronco, fumador de tabaco de cuarterón y con cambios de humor súbitos e imprevisibles. Era sin duda el guardia civil más capacitado para esclarecer en pocas horas la "distracción" de pequeños animales domesticados, cosa que ocurría muy de tarde en tarde y cuyos dueños enseguida echaban a faltar e invariablemente denunciaban en el cuartelillo.



En las rondas nocturnas de vigilancia estaba lo más duro de su trabajo, pensaba Reinaldo. Si las rondas se limitaban al pueblo y cercanías, aún podía contar con la colaboración de algunos vecinos para pasar ratos en sus casas o establos; así escapaba del frío del que apenas le protegía su verde, viejo, duro y pesado capote; pero si la vigilancia era sobre cruces de caminos en el monte, esa huída del frío quedaba muy dificultada o impedida.

Aquella fue una noche de invierno, estrellada, quieta y fría. Tazones como jefe de la pareja y el veinteañero e inexperto guardia civil Emeterio Padilla vigilaban de modo rutinario, bastante alejados de la población. En el campo, no se percibía ningún movimiento, ningún ruido, tampoco el canto de alguna rapaz nocturna. Nada, casi sobrecoge el silencio.

Resguardada la pareja tras una pared semiderruida, Reinaldo intenta liar un cigarrillo con dedos temblorosos y expresión ansiosa. El fusil descansa en el suelo con el cañón apoyado en la pared; su compañero, fatigado por la caminata nocturna, dormita a ratos. Cuando despierta, no sabe si dos minutos o dos horas más tarde, se sobresalta al advertir que Reinaldo no está a su lado.

Se mueve nervioso por el terreno más cercano a la pared; a la difusa luz nocturna reconoce una pequeña orla de árboles no lejos y hacia allí se dirige, para toparse sorprendido con el cuerpo de su compañero, rígido ya, que cuelga de un roble, con los pies a escasos centímetros del suelo. Las botas de Reinaldo, el tricornio y también el capote, estaban tirados como con precipitación en el suelo, muy cerca del cuerpo del ahorcado. Junto a

sus botas, la colilla a medio consumir del último cigarrillo que el veterano fumador disfrutó.

La mañana que siguió, los lugareños más madrugadores pudieron ver al guardia Padilla como enloquecido, con movimientos erráticos por la plaza del pueblo, llorando sin consuelo y que juraba una y otra vez que él nada tenía que ver con la muerte de Reinaldo; que él tan sólo se había quedado dormido en el ángulo de dos paredes en la corraliza de la partida de Las Cabezas.

1.- Habita, habita, en el campo habita y siempre habita

2.- Muchas damas en un corral, todas lloran a la par

3.- Salgo de la sala, voy a la cocina Meneando la cola como una gallina

4.- Dos hermanos son. Uno va a misa y el otro no

5.- Hojas tengo y no soy árbol. Lomo tengo, y no soy caballo

6.- Mi padre fue un duro árbol. Conmigo están muy llenas de cartas las carterías; de libros, las librerías

7.- Una vieja con un diente y llama a toda la gente

8.- Camino sin patas, y voy marcando mi huella con un hilito de plata

9.- Mi madre es tartamuda, mi padre cantador, tengo blanco mi vestido y amarillo el corazón

10.- En el campo me crié atada con verdes lazos, y aquel que llora por mí, me está partiendo en pedazos.

11.- Verde me crié, amarillo me cortaron y blanco me amasaron.

12.- Qué cosa es que entra en el río y no se moja. No es el sol ni la luna. No es cosa ninguna

13.- Un platito de avellanas que de día se recoge y de noche se derrama.

*Maribel*